

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. — Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Números sueltos, 10 céntimos. — Atascado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Valencia.—Juan Ferrer. Ahí van 6 pesetas para la idea de los sellos.

Carcagente.—Pascual Cucarella. Envío 5 pesetas para lo de los sellos, renunciando a todo derecho de reintegro.

Iruñ.—Francisco Romero. Cuenta con 5 pesetas más y con 5 de don Javier Martínez, para lo de los sellos. Esto por ahora.

Logroño.—Hermenegildo Zabala. Envío 5 pesetas para lo de los sellos.

COMPARACIONES TRISTES

El Directorio de la Unión Nacional ha publicado su anunciado Manifiesto, aconsejando que no se paguen los impuestos hasta nueva orden; y el gobierno, a pesar de sus anteriores amenazas, ha procesado a sus individuos, pero no se ha atrevido a prenderlos.

Si yo hubiera sido jefe republicano, ó lo fuese, ó pensara serlo, estaría avergonzado por esa lección de los comerciantes.

Han pasado 25 años desde que cayó la República, y ni una vez siquiera han realizado nuestros jefes un acto que los habilitase para ir a la cárcel. Y no se me hable de Ruiz Zorrilla, porque éste del campo monárquico vino.

Ni transgresiones de ley, ni injusticias escandalosas, ni atropellos inícuos, ni inmundicias horribles, ni crímenes políticos, ni pérdida de Colonias, ni el ver ruinas por todas partes, ni el escuchar los lamentos de las clases trabajadoras, nada, en fin, les ha obligado a alzar su voz, (lo menos que podían alzar) tronando contra todo eso en la forma que a sus antecedentes é ideas correspondía, aun cuando su protesta los hubiera puesto en condiciones de dar en una prisión ó salir para el destierro.

Ha sido necesario, para que España vea esto, que los comerciantes é industriales, sostenedores hasta ahora del régimen que á tan deplorable estado nos ha traído, se manan, se concierten, bullan, se agiten, pidan y amenacen.

Yo no estoy, ni puedo estar con los mercaderes; yo lacho por algo más que por los cuartos; más aún; yo condeno la pequeñez de sus miras.

Mas no por esto dejo de reconocer que su arranque ha sido digno; que, amenazados por el gobierno, han contestado valientemente; y que si hoy no están en la cárcel, han dado algún motivo para que los lleven. Y al pensar que nuestros jefes se han asustado y se asustan de todo lo que pueda comprometer la marcha ordenada de su vida, ó su serafico sosiego, yo me dirijo á los que no son jefes y piensan como yo, para preguntárles:

¿Es posible que nos muramos, sin tener un arranque varonil que nos coloque por lo menos al nivel de las clases más egoístas de la nación?

¿No habrá medio de ponernos siquiera á la altura de los que, si bien nos han escamoteado parte del programa, nos han dado en cambio el ejemplo de que saben mantenerlo mejor?

¿O es que, para que nuestra mengua resulte completa, aguardamos á que se pongan frente á la restauración la milicia, el clero, la magistratura, la Banca y la aristocracia, á fin de decididos á intentar aquello á que por deber ineludible estamos obligados?

No podrá ser esto, pero esto parece que es. Y si esto resultare al fin, ya lo anuncié cuando los ridículos banquetes del último 11 de Febrero: este será el último año en que podamos hablar de República los que venimos usando y abusando de esa palabra. Quedará la idea, como una esperanza para el mañana, mas caeremos en el olvido nosotros, por no haber hecho nada para que se implante hoy.

Nos queda, pues, un año para demostrar que no somos un partido muerto, ó cadáveres que permanecen 364 días sosegados y se reúnen para comer y vociferar el día restante.

Es preferible á continuar así, imitar á aquel ciudadano que, no encontrando medio de librarse de las chinches, prendió fuego á la cama. Desde entonces tuvo que dormir en el suelo, pero durmió tranquilo.

Y voy sospechando que no va á faltar entre nosotros quien lo imite, y que ese voy á ser yo.

Uno que ve claro

Señor don José Nakens.

Estimado correligionario: Disponga de las veinte pesetas que á primeros del presente remití á usted para el asunto de los sellos, y si veinte mil duros fuesen una cantidad suficiente para la constitución de una compañía industrial, de uno á cinco millones de capital, repartido en acciones de

quinientas (500) pesetas, puede usted avisarme. Me parece esto más práctico que el venir hoy á Vizcaya solicitando acciones de 500 pesetas para la fundación de un periódico federal. Después de medio siglo de propaganda federal ¿cabe en cabeza humana la idea de empezar de nuevo?

Me parecería mucho mejor que todos los republicanos nos hiciésemos comerciantes y abandonásemos por algún tiempo las ideas políticas; con la industria y el comercio lograríamos hacer un capital y aplicarlo á lo que nos hace falta. Echar dinero en fundaciones de periódicos, es gastar perlas á los cerdos.

Terminaré diciendo á usted, querido don José, que hacia el año 80 dijo don Francisco Pi y Suñer a los federales de Valencia: «La mies está preparada y sólo se necesita aplicarle la hoz.» ¿Se habrá pasado la mies y no se podrá segar ya?

Le abraza su amigo y correligionario,

LEÓN DE ROA

Bilbao 2 de Mayo de 1900.

CONTRASTES LÓGICOS

La esposa del general Azcárraga, ministro de la Guerra, acaba de morir, y á su entierro han acudido hombres de todas las procedencias políticas, entre ellos los señores Labra y Azcárate.

¿Censuro esto? No. Entre republicanos y monárquicos puede haber relaciones de amistad que obliguen á cumplir ciertos deberes olvidándose de lo que cada cual piensa en política.

Pero esto no ha impedido que, al leer que Azcárate y Labra habían estado en el entierro de la señora de Azcárraga, acudiese á mi memoria el recuerdo de aquella tarde en que unos cuantos, muy pocos, acompañábamos el cadáver de aquel teniente González, compañero de capilla del infortunado brigadier Villacampa, muerto en el abandono, aniquilado por el hambre y entristecido por los desengaños.

Se había invitado á los señores Azcárate y Labra, como á todos los hombres importantes del partido, para que se dignaran rendir el último tributo al cadáver del que se jugó la vida por la República y por minutos no la perdió; y después de retrasar lo que fué posible la conducción, en la esperanza de que apareciesen por fin aquellos hombres importantes, nos pusimos en marcha preguntándonos: «¿Pero, y Labra? ¿Pero, y Azcárate? ¿Pero, y fulano? Y así llegamos al cementerio.

En todo esto pensé al enterarme de que esos dos señores habían formado parte del fúnebre cortejo que acompañó el cadáver de la señora del general Azcárraga, demostrando así una vez más la candidez de mis juicios.

¿Qué representaba en la sociedad aquel pobre teniente, que había luchado contra el carlismo, y, por lo tanto, en favor de la libertad, y que más tarde había sacrificado carrera, porvenir, vida, y, lo que es más terrible, el pan de sus hijos, por la República, es decir, por la idea que dicen profesar Azcárate y Labra? ¿Qué representaba, repito, comparado con una señora que deja un esposo ministro de la Guerra, de gran influencia entre la gente de orden, y uno de los más firmes sostenes del jesuitismo en España?

¿Qué vanidad hubieran ellos halagado con que sus nombres figurasen entre los de unos cuantos republicanos oscuros, si se equipara con la de que España los vea al lado de los hombres que representan la aristocracia, la fortuna, la fuerza? Además, al morir esa señora deja un esposo en condiciones de agradecer. Al morir el teniente González, sólo dejó seres desvalidos, que acaso algún día se propasaran á tender una mano en suplencia de una limosna á los que se hubieran aprovechado del triunfo, si el triunfo llega á coronar el esfuerzo de su padre.

Lo reconozco. Es en mi candidez imperdonable la de extrañarme de actos que tienen explicación tan sencilla, tan clara, tan lógica...

JOSÉ NAKENS

ESCANDALOS CARLISTAS

El mantón de doña Berta

EL MANTÓN Y EL MARQUÉS

Pues señor, sepan ustedes, y va de cuento, que el marqués de Cerralbo y de Almohada, jefe de los legitimistas, ó chapistas, era un hombrecito metidito en años, estirado y pulcro, muy aficionado á los pasteles y á comprar objetos buenos á precios bajos extrujando al vendedor. En el Rastro era muy conocido.

Como no tenía dinero bastante para figurar en la aristocracia de rumbo, ni talento para formar en la primera fila de un partido, ni númerito poético para ser trovador de fama, ni agilidad en los dedos para tocar el arpa como David, se metió á chapista y llegó á

ocupar el primer puesto en esta agrupación de imbéciles y de cucos. Desde entonces el marqués fué personaje político, cualidad que aún conserva, aunque muy deteriorada por el uso.

Allá en el otoño de 1897, el marqués hizo un viaje á la corte de los chapistas, entonces en Italia, creemos que en Venecia, y por vía de homenaje patriótico á su soberana, quiso ofrecerle un magnífico pañuelo blanco de Manila que, al efecto, había adquirido...

Aquí el lector, antes de seguir, ya ha pronunciado el nombre de una tienda de la calle de Postas, y ha pensado un número, 3.000 pesetas, 2.000... de 1.500 no ha bajado, ¿es así? Naturalmente, el jefe de un partido, futuro primer ministro, Godoy en ciernes, no iba á gastarse menos en un presente regio, ¿no es eso?

Pues es lo otro. El marqués, después de mucho rebuscar por los rincones de Madrid, halló lo que deseaba: ¡en una casa de préstamos de la calle de San Bernardino! y lo adquirió ¡por... 80 duros!

No era este pañuelo de la China un pañuelo cualquiera, vulgar y del montón; era un pañuelo de largos flecos y más larga historia.

Dicen las crónicas que su primera poseedora fué Teresa la Bonita, la Bas y Milá, gachí de gran empuje, nacida en Alicante, que bailaba el tango como una Terpsícore y se traía en el canuto de licenciada tantas cositas de valor excepcional, que merecieron el blanco mantón.

Veinte años después, este pañuelo famoso, que cubrió los hombros y ciñó los bustos de tantas mujeres hermosas, dió con sus flecos en la casa de préstamos de donde al fin lo rescató el marqués de Cerralbo.

Algún carlista chismoso, tan enemigo del marqués como aficionado al cultivo de la cizaña, enterado de la compra y del regalo, refirió en Venecia la leyenda ó mejor historia, del mantón, cuidadosamente guardado y en gran estima tenido por la soberana de los chapistas.

Al saber la altiva dama el noble proceder del generoso marqués y la procedencia de su regalo, al punto lo hizo arrojar en el fondo de un baul y rociarlo con agua fenicada.

¡FUERA ESE MANTÓN! ¡A LA... IGLESIA!

Pasó el tiempo. Un clérigo carlista y catalán, entusiasta del Reverte, que se titulaba agente revolucionario de no sabemos cuántos comités ejecutivos del chapismo; hombre simpático y francote aficionado al barrás, al vino y á... la expansión; que con igual desenvoltura se daba dos pataditas en un tablado que repartía proclamas chapí-catalanistas y armaba bronca en cualquiera casa de mozas del partido, llevándose el velón debajo del manto para dejar la casa á oscuras; un clérigo, en fin, de cepa carlista, quizás de mejor alma que otros muchos muy conocidos; que jugaba y bebía y rezaba y perdía el dinero y el equilibrio, pero nunca fué usurero ni explotador del confesionario, hubo de ir á Venecia, y al verle allí la soberana, decidió valerse de él como intermediario para realizar el intento que formara sobre el malhadado mantón, un intento piosísimo.

¿Qué hacer de una prenda antes usada por aquellas sacerdotisas de Venus? ¿Usarlo una dama tan recatada y noble? Antes morir. ¿Regalarlo? Fuera ofender á la señora ó señorita honrada á quien tal prenda se diera.

¡Oh gran recurso el de la religión! ¡Tó salvas todas las dificultades! Nada, cosa hecha; el mantón que no puede ponerse una mujer pura, regalémoslo á... la Virgen: sí, que las monjitas carlistas de Tarragona acepten el pañuelo y con él adornen el altar de la Inmaculada.

RODANDO HASTA EL ABISMO

El cura circunda ó chapista, se trajo á España el mantón; no se sabe por qué, en el camino se vió sin dinero; al fin pasó la frontera, vino á Madrid, transcurrió el tiempo y... las monjitas, avisadas desde Venecia, reclamaban á los chapistas de Madrid el ofrecido pañuelo. A su vez los chapistas pedían cuentas de la prenda al cura, y el cura, todo cariacontecido, confesó que, intentando en la frontera meter el pañuelo de matute, se lo decomisaron, y allí estaba esperando el rescate: ¡cuarenta duros!

Dió veinte Vázquez Mella y veinte otro señor; pasó más tiempo, y... las monjitas volvieron á reclamar su mantón y los chapistas á estrechar al cura... Entonces se supo que el mantón había vuelto, como vuelven muchas cosas de este mundo, á su origen; estaba en otra casa de préstamos empeñado, en que no lo sacaran de allí si no daban 15 duros al prestamista. La papeleta, que se había extendido á favor de las iniciales L. T., que no son las del cura, también estaba empeñada. Todo lo rescató, aunque regañando por tantos gastos, el partido chapista y es probable que ya luzca la Inmaculada el mantón de Teresa la Bonita. ¡Y en la papeleta de empeño se leía: está manchado!

MORALEJA

¿No es cierto que esta historieta, por sí sola, dice más que todos los panegíricos en favor de los chapistas?

¿Lo que podemos esperar de ese partido, Dios de los ejércitos... vencidos! ¿Cómo se encuentra!

Resplandece aquí con brillo inextinguible la generosidad y grandeza del egregio marqués, jefe del partido, la caballerosidad de muchos de sus miembros, la piedad de la

soberana, la lealtad religiosa del clérigo... ¡Dichoso país el que sea gobernado por hombres de esas ideas tan caballerescas y morales! ¡Oh las tradiciones de nuestros mayores y la hidalguía de los que defienden el altar y el trono!

EL PAÍS

COSAS DEL DÍA

Los frailes que condenaron en París los tribunales hace tres ó cuatro meses, vienen á España á instalarse; no todos—¡ay, qué desgracia!—pero, en fin, la mayor parte...

—¡Ah, vamos! Ya eso varía y puede uno consolarse.

Como España es un refugio, al que no hay otro que iguale, los frailes de Filipinas regresan á centenares, y los que en otras naciones por cualquier causa no caben, acuden aquí á bandadas como religiosas aves.

¿Qué gusto! Dentro de poco habrá en España más frailes —si ya no los hay—que en tiempos de aquel monarca admirable, don Carlos el Hechizado, asombro de otras edades.

¿Y hay quién se toma la pena de hacer proyectos y planes á fin de regenerarnos? ¿A qué trabajar en balde?

Sigan haciendo conventos, viniendo comunidades, y gobernando á su antojo la reacción ya triunfante; y si sentimos la pérdida de los bienes terrenales, ¡ay!, ganaremos el cielo, y eso es aquí lo importante.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

Silencio culpable

A nadie se hizo proceso por callar, en sentir de nuestro clásico poeta. Pero cuando tal decía el vate, que por esta vez no fué adivino, aun no había la reacción fernandina empapelado al brigadier Moscoso, contra el cual pidió el fiscal nada menos que la pena de muerte por el delito de no haber dicho nada, en ocasión en que varios oficiales alababan en su presencia la Constitución.

La aplicación es ciertamente absurda; la regla no. No siempre es lícito callar. Casos hay en que el silencio reviste carácter de delito. Un testigo llamado á declarar no puede legítimamente ocultar lo que sabe. No debe el abogado velar á su cliente su opinión sobre el punto que es objeto de la consulta. No es dueño el médico de guardarse para sí diagnóstico y tratamiento. El sabio está obligado á comunicar á todos las verdades útiles á sus semejantes que haya descubierto. Del propio modo cumple al periodista decir la verdad entera, sin otra limitación que la que puedan imponer en momentos dados las conveniencias generales ó razones de alta prudencia.

Fúndase la vida social en una serie de convenios tácitos que, sirviéndonos de la tecnología romana, llamaríamos *cuasi contratos*. El libre trato entre las gentes se basa sobre el supuesto del mutuo, recíproco respeto. El que es admitido en la intimidad del hogar ageno, adquiere implícitamente la obligación de no llevar á él la desgracia ó la deshonra. Del amigo se exige y se espera con razón más que del indiferente. La diferencia de sexos, de edades, de condiciones implica, aun en la relación más superficial, exigencias determinadas. Toda esta serie de pactos tácitos deriva de un supuesto general. La sociedad espera, como Inglaterra en Trafalgar, que cada uno cumplirá con su deber. Esta estipulación no ha menester de notario que la autorice. Sin duda ningún periódico ha celebrado con el público el contrato expreso de ofrecerle la verdad completa y desnuda. No por eso falta menos á su misión cuando la desnaturaliza ó la oculta. Se puede engañar sin mentir. Quien presenta mutilada la imagen de la realidad, induce á los demás en error, como aquel que empezara el credo en Poncio Pilatos.

Que esta mutilación la perpetran hoy los periódicos de gran tirada, los que se dicen favoritos y órganos de la opinión independiente, nadie habrá que pueda negarlo. La tan célebre y renombrada *conspiración del silencio* de que han venido quejándose con mayor ó menor razón muchos cortejos de la fama, reviste en nuestros días singularísimo carácter. La naturaleza de lo que se calla revela bien lo que se pretende ocultar. Si en un establecimiento de enseñanza religiosa se cometen por gentes de hábito delitos contra naturaleza; si un predicador energúmeno suscita tumultos y discordias desde la cátedra del Espíritu Santo; si los jesuitas arruinan á alguna infeliz rica de dinero y pobre de espíritu; si una horda creyente apedrea la fachada de un templo evangélico; si se impone pena de tres años de presidio al transeunte que en uso de un derecho constitucional se negó á descubrirse al paso del Viático; si

una monja desesperada se arroja á la calle desde una ventana ó huye del convento y reclama en vano el amparo de la autoridad; si se niega la sepultura eclesiástica á quien la pidió ó al que la rehusó se le impone; si las celeberrimas hermanas de la caridad se muestran duras como hospitalarias y crueles como carceleras; si se malogra una maquinación clerical urdida para hundir mediante la calumnia á un hermano en Cristo; si llega á descubrirse todo un tráfico de irregularidades en el comercio de misas; si se da la puntilla á una moribunda obligándola, queiras que no, á recibir los últimos Sacramentos, nada, nada sabrán las gentes de estas cosas ni de tantas otras al mismo tenor que suceden todos los días, por los periódicos de gran circulación. Leyéndolos nadie podría creer que vivimos en plena mojigatería. La amputación que hacen de la verdad es tanto más grave cuanto que lo suprimido constituye la nota peculiar, distintiva, característica de la actual sociedad española.

El motivo de tales omisiones es de pública notoriedad. La prensa que á sí propia se adjudica el calificativo de independiente, se halla hoy sometida en absoluto á la férula del clericalismo. Este poder formidable tiene en sus manos el destino de las grandes publicaciones. Que un obispo llegue á fulgurar solemne entredicho contra un periódico, y ¡adiós empresa! Sin llegar á tal extremo basta para arruinar á cualquier diario que el jesuitismo le ponga la proa. Por si el prestigio tradicional, la aureola religiosa y la posesión de las llaves del cielo no eran medios suficientes, la teocracia tiene ahora de su parte al dinero, la razón de Estado, el interés de las clases directoras y la adhesión incondicional de la mitad más hermosa y más inconsciente del linaje humano. Ante esa empresa gigante tiemblan las empresas enanas como Ulises ante Polifemo. Como que para arruinarlas basta que la señora de la casa traiga del confesionario la convicción íntima de que el marido, el papá, el hijo, el hermano, el novio ó el yerno se condenarán eternamente si llegan á fijar sus ojos pecadores en las columnas de *El Imparcial*, de *El Liberal* ó de *Heraldo*. Así no es maravilla que los periódicos de empresa oculten á sus lectores la verdad que puede ser su ruina.

«Al buen callar llaman Sancho», «por la boca mueren el pez», «en boca cerrada no entran moscas»... Todo nuestro refranero está lleno de proverbios en que se ensalza la conveniencia del silencio. Pero la sabiduría popular yerra muchas veces. Los refranes expresan la regla sin cuidarse de la excepción. De temer es que en la ocasión presente el cálculo resulte fallido. El jesuitismo minará el terreno á los periódicos de gran circulación hasta que logre acabar con ellos. Su propia complicidad le servirá de instrumento para consumar su exterminio. La teocracia no ha de contentarse con menos que con tener á la prensa por suya. Loco es quien pretende satisfacer al poder teocrático con concesiones ó amansar con humildades. Está en su índole el exigirle siempre todo. Los que á medias le obedecen son más odiosos á sus ojos que los que de frente le combaten. La última consigna de la reacción consiste en servirse de la libertad contra la libertad y del progreso contra el progreso. Tal es la fórmula de la novísima política eclesiástica inaugurada por el avisado León XIII. Denles á ellos las realidades, el fondo, la sustancia del viejo régimen, que ya vendrán luego las formas. Luchar por palabras es una simpleza que se queda para el liberalismo inocente y bobalicon.

A este propósito los reaccionarios han dado ahora en una martingala que es una bendición de Dios. Después de todo, ¿qué piden ellos, los pobrecillos? La libertad, nada más que la libertad. *Laissez faire, laissez passer*, que decían los economistas clásicos. ¿No sois liberales? Pues estableced la libertad. Pero ha de ser la libertad verdadera, la auténtica, la legítima. Quieren que, puesto que se les permite enseñar, se les deje examinar también, con lo cual están seguros de que sus alumnos han de obtener brillantes notas. Quieren la libertad de predicar sin que nadie pueda irles á la mano, aunque el predicador convierta el púlpito en tribuna de club. Quieren ser dueños de despotizar en sus congresos á todo su sabor sin sujeción á ley ni pena. Quieren que la captación de bienes sea lícita cuando es practicada por ellos. Quieren que en toda colisión la autoridad esté siempre de su parte, y la guardia civil les preste siempre su secular concurso. Quieren ejercer libremente su influjo, sobre todo en las altas regiones, cerradas á las influencias contrarias. Quieren que se denuncie y persiga á los periódicos que les son adversos. Quieren que el Concordato se cumpla en lo que les favorece y no en lo que les perjudica. Quieren que las leyes se observen siempre que sea en su ventaja y no cuando sea en su contra. Y una vez establecida así la verdadera libertad, exclaman llenos de ufanía:—¡Es nuestra la culpa si tan luego como desaparece la tiranía liberal, bajo un régimen de libertad legítima, nuestra influencia y nuestros prestigios nos hacen dueños y señores de la sociedad!

Posible es que la prensa de gran tirada consiga ir tirando al amparo del resallamiento, pero nunca habrá sido aplicada con mayor razón la censura del vate latino á aquellos que pierden por la vida las causas mismas del vivir. Si la misión de la prensa no consiste en lograr que algunas empresas ganen tanto ó cuanto, sino en defender los in-

tereses colectivos, combatir los males públicos, guiar é ilustrar á la opinión, semejante misión debe darse en España por frustrada. Los que pueden no quieren; los que quisieran pueden poco. El daño que algunos periódicos hacen callando, casi equivale al que causaron hablando inconsiderada y temerariamente. Es triste cosa que los que tienen obligación de hablar enmudezcan amparándose en la conocida máxima oriental: «el silencio es oro.»

ALFREDO CALDERÓN

¡SIEMPRE IGUAL!

Para esta España, fendo perpetuo de la monarquía y el clericalismo, han sido ineficaces todos los trabajos y sacrificios que se han llevado á cabo para librar á los pueblos de la servidumbre, la ignorancia y la superstición.

¡Desdichado país que en tal situación de atraso moral y material va á ver brillar los albores del siglo xx que se aproxima!

Mientras que nuestros vecinos, de quienes copiamos lo superficial y lo frívolo, sin imitarles en sus grandezas y atrevimientos, se disponen para entrar en la próxima centuria rápidamente por las anchas y francas vías del progreso, nosotros permanecemos, no ya estacionarios, sino retrocediendo.

Los defensores del régimen teocrático pueden estar satisfechos de la obra que éste ha realizado, perpetuando aquí, á pesar del ideal civilizador moderno que se extiende por todas las naciones, los usos y las costumbres, las ideas y las creencias que tanto contribuyeron á que los extranjeros pintaran el país negro del fanatismo, de la Inquisición y del absolutismo en obras que aún andan por ahí como de palpitante actualidad. Y lo son realmente, porque aquí no hemos variado nada.

Si se descartan unas cuantas mejoras y reformas de orden puramente material introducidas por la industria moderna, la mayor parte de ellas importadas, dirigidas y explotadas por entidades extranjeras, en lo que afecta al orden moral, á la conciencia, al modo interno de ser de las gentes, nos encontramos hoy á la misma altura de hace dos siglos.

Las mismas preocupaciones, las mismas falsas ideas del honor y de la moral, idénticas manifestaciones de esos conceptos que tienen una base errónea.

La religiosidad extremada hasta el fanatismo y la superstición, que es la mayor prueba que las gentes pueden ofrecer de su ignorancia y de su cobardía de espíritu, está hoy tan metida en la médula del alma nacional, como cuando el conocimiento de las leyes físicas estaba reservado á contadísimos seres de inteligencia privilegiada, las ciencias eran un mito para todos, y la Naturaleza no había descubierto sus secretos á la investigación del hombre.

Que estos conocimientos adquiridos, que estas verdades científicas, que estos descubrimientos debidos á la inteligencia humana de que otros países se sirven para su desenvolvimiento y progreso moral y material han resultado ineficaces en el nuestro, pruébalo el que aquí los milagros más estupendos, las patrañas más ridículas y las invenciones más absurdas y antinaturales, aún se preconizan y se enseñan y aun se creen por la mayoría de las gentes. Es más: aun esas enseñanzas y esas creencias perturbadoras y extraviadas la razón de algunos seres que andan por ahí, miserables y harapientos, en guisa de iluminados, fomentando el fanatismo del vulgo ignorante, y á quienes lejos de desautorizar por falsantes ó de recluir por enagados peligrosos, agasajan y reverencian los clérigos y alcaldes de los pueblos, dando así pábulo al fanatismo de que adolecen las gentes que al actual régimen político y social tienen inculcas é ineducadas.

Esta persistencia del espíritu de nuestro pueblo á permanecer sumido en las tinieblas del fanatismo, le hace más que á ningún otro apto para acoger todo error. Así se comprende únicamente que España sea el último baluarte, el único refugio de los elementos tradicionales de la teocracia político-religiosa que ya en otros países arrastran vida efímera y sin influencia, ó no tienen razón de ser, porque los poderes del Estado no los apoyan ni la opinión pública los tolera.

Pero como aquí hay un enorme contingente de personas que se entregan diariamente con furor á toda clase de prácticas devotas, desde la novena y las cuarenta horas hasta irse por esos andurriales á milagrar, que se emborrachan los sábados al anochecer, que destronan los domingos las plazas de toros aporreando y descalabrando á los toreros, que acuden como á fiesta de romería al lugar en que se alza el patíbulo cuando hay reo de muerte, que pasan la vida sin cojer un libro ó un periódico y que llegan á viejos sin conocer el alfabeto, claro está que acuden como moscas al panal jesuitas y frailes de todas partes y de todas clases, porque en este ambiente social de fanatismo, ignorancia y barbarie viven en su elemento y hallan terreno abonado, cuyo cultivo les es muy poco trabajoso y los frutos que recogen abundantes.

Si á esto se agrega el que los poderes públicos son decididos protectores de todos esos elementos reaccionarios y se asocian á ellos buscando su complicidad para perpetuar su dominio, no será aventurado predecir que España estará pronto, si esto continúa, en el mismo estado que estuvieron las provincias de Filipinas bajo la férula del monarquismo, ó el Paraguay durante el dominio de los jesuitas.

José CINTORA

Bautizo á tenazón

Dos chicuelos de siete y ocho años de edad, uno de los cuales no estaba bautizado, entraron en la iglesia de Villarroja de la Sierra, provincia de Madrid, por aquello de ¿á dónde va Vicente?

Ver el párroco al que no le habían mojado la cabeza, y agarrarlo y llevarlo á la pila y bautizarle, fué obra de un segundo.

Al acabar su faena, díjole orgullosamente al chico: «Ve ahora á decirle á tu padre que ya eres católico á p-sar de todos los pesares.»

Y el pequeñín corrió á su casa, diciéndole á su familia con agudos gritos, que el cura le había tenido sobre una pila echándole agua por la cabeza; y era que, como ignoraba lo del sacramento creyó al principio que se trataba de zambullirle en la pila para ahogarle; de aquí sus voces y su espanto.

Al enterarse el padre de que su hijo estaba ya en condiciones de ir al cielo, se puso furioso, y corrió en busca del cura, acaso con el propósito de administrarle otro sacramento, el de la confirmación; mas el de los manteos, sospechando con tiempo lo que podía ocurrirle, había tomado el olivo.

Varios vecinos lograron aplacarle, aconsejándole que denunciara el hecho al gobernador civil de la provincia, y el infeliz, creyendo que esto servía para algo, así lo hizo.

Al saberse por la prensa la noticia, varios ministeriales se deshicieron en elogios de ese párroco que bautiza los chicos á tenazón, y aun hubo alguno que exclamó presa del mayor entusiasmo:

«Lo mismo debería hacerse con los extranjeros que no se someten de grado á los preceptos de la religión católica. Si no lo quieren así, que se marchen á su patria y no perturben la nuestra con su conducta anticatólica.»

Con que ya lo saben los extranjeros. O á bautizarse de propia voluntad, ó á armarse hasta los dientes en defensa de la integridad, mejor dicho, de la sequedad de su ocipucio.

A ese cura y á cuantos defienden lo que ha hecho, los llevaba yo á un país donde los judíos dominasen, y á ver qué decían si un rabino los agarraba y los circuncidaba, rompiéndoles de paso el bautismo para ver si retonaba en sus calabazas el pecado original.

Dirían de aquel país lo que yo digo de éste: «que está en salvaje puro, cuando no se castiga duramente á los que dan con esos actos la razón á quienes piden con todas las veras de su alma que venga á conquistarnos pronto un país civilizado.»

Entró en Valverde del Camino un cura recién salido del molde, entre arcos de triunfo y cubas de vino esparcidas por las calles.

Y tal curda atraparon todos, que amén de ciertas expansiones que no me atrevo á detallar, se desataron en mueras á *La Marsellesa*, valiente periódico de Huelva, y á su director, nuestro querido amigo Navarro.

Si así comienza esa curita su carrera, ¿cómo la acabará, cielo santo? Almorzándose cada mañana los hígados de un liberal y quemando todas las tardes un vagón de periódicos decentes, sin perjuicio de banderillearse algún pecado capital que otro, ó todos á la vez.

¡Y que haya quien sostenga que de los seminarios no salen más que cernicales!

LO DE FRANCIA

En España abundan los pesimismo; se juzga de los sucesos de Francia con un criterio español. Por alguno que otro incidente de menor cuantía, por haberse descubierto una conspiración más aparatosa que grave, ya dicen los monárquicos españoles que la República francesa está en sus postrimerías; poco á poco se irán desengañando.

Los republicanos mismos, los españoles, parecen desconfiados, abundan entre ellos los que creen en la descomposición y muerte próxima de la República; y es que aquí nos asustamos de todo. Acostumbrados al despotismo y á la tiranía, tomamos por movimientos febriles de enfermo agonizante las agitaciones propias de los pueblos libres.

Excesos, atentados, crímenes; de todo ha habido en Francia en estos últimos tiempos; son disturbios y accidentes que revelan vida, pasiones, entusiasmos, todo lo que falta aquí. Más vale eso que la apatía musulmana, la indiferencia culpable de que damos en España interrumpidas muestras. En Francia se agita el pueblo, se divide en fracciones defendiendo cada una con vehemencia lo que cree más justo y más patriótico; en España se murmura, se critica en voz baja, algunas veces jugamos á los conspiradores, y aun los más atrevidos esperan una revolución providencial, de real orden, salida del cuartel y capitaneada por cualquier idiota.

La República francesa tiene larga vida; que allí son impotentes los que conspiran en palacios, cuarteles y sacristías. La democracia no duerme, y su abrumadora fuerza ahogará los intentos liberticidas de los que conspiran en la sombra. No menos fuerte sería la democracia española, si ésta luchara; desgraciadamente, prefiere á la lucha la murmuración.

Los que viven constantemente en España

no se dan cuenta del retroceso operado en ideas y costumbres, como no se dan cuenta de la vejez de un hombre y del crecimiento de un muchacho los que viven á su lado y lo ven todos los días. Sólo el que se ausenta nota al volver el desarrollo del niño, la decrepitud del viejo.

Al volver á España después de una larga ausencia, obsérvese desde luego que la postulación, la decadencia, el retroceso, llegan á extremos desconsoladores. Sorprende á muchos que aquí ya no se luche por los ideales; cómo extrañarlos, si ni siquiera se lucha por la vida! Cuando el mundo entero discute, piensa ó combate por el socialismo ó contra el socialismo, por la anarquía ó contra la anarquía, en España se combate por saber cuál es el mejor derecho de una ó otra dinastía, para saber si han de gobernarnos jesuitas ó agustinos, seculares ó regulares.

Hemos vuelto á la Edad Media, y el mundo nos considera un pueblo petrificado. Basta oír á los políticos liberales, cuando hablan de reformas inocentes, revoluciones artificiales, concentraciones y fusiones artificiosas, para persuadirse de que no tienen plan ni llegarán á concierto, de que sus programas son mentidos y de que nunca pasarán de instrumentos, más ó menos inconscientes, de los obispos ó de los sacristanes.

Partidos de ideas muy avanzadas y dirigidos por hombres de reconocido mérito, ignoran todavía la existencia de las cuestiones que hoy dividen á la humanidad. Y si los prohombres las conocen, lejos de discutir las temen nombrarlas. Esos mismos prohombres, sabiendo que se acerca la bancarrota del Estado, ofrecen al país como único remedio lo supresión ó reducción de la lista civil; es como la supresión del cuarto del carterero, de que hablaba el inolvidable Orense al juzgar las reformas económicas de los antiguos progresistas.

El pueblo, único interesado y único capaz de hacer revoluciones, es un león á quien le han limado las uñas los políticos, haciéndole creer que los generales van á traerle la República. El león, domesticado, se pasa la triste vida mirando á la puerta del cuartel para ver si sale un batallón tocando el himno de Riego, remedio que no sería mejor que la enfermedad. La República que de allí saliera no sería ni federal, ni unitaria, ni radical, ni conservadora, sino jesuitica ó sacristanesca, inmoral y pernicioso. ¿Cómo si no conociéramos á los invictos héroes de ambos mundos!

Feliz el pueblo francés, que piensa, lucha, impone su voluntad, y salvará la República de los peligros que la amenazan, de las traiciones que la acechan y de los jesuitismos que intentan devorarla.

NICOLÁS ESTÉVANEZ

La libertad de cultos

Carta que el conde de Montalembert escribió al señor Barcaiztegui en los primeros tiempos de la revolución del 68, cuando todos los reaccionarios de España se escandalizaban de que se hubiese establecido la libertad:

«La Roche de Breny (Côte d'or) 10 de Diciembre de 1868.

Mi estimado señor Barcaiztegui: Profundamente afectado me tiene la prueba de confianza con que me honráis, y á pesar de la fatiga que me produce el menor esfuerzo, en el tristísimo estado en que me hallo, voy á contestaros con la franqueza y la decisión que tengo por costumbre y que vos tanto merecéis.

Me es absolutamente imposible comprender por qué tienen tanto miedo á la libertad de cultos los católicos españoles. No acierto á ver en eso más que una consecuencia de ese fatal amor á la unidad absoluta en el orden político, producto de la autocracia monárquica, de que ha sido víctima España por espacio de tres siglos; esta autocracia debiera ser aborrecida más que por otros, por el altivo é independiente pueblo de esas provincias vascas, donde habéis tenido el honor insigne de nacer.

Se bien que para la mayor parte de los que piden la libertad de cultos, ésta significa la de no tener ninguno y la de vejar y oprimir el culto católico. Pero también se que el espectáculo de dos mundos está ahí para probar que la libertad de cultos, ó para darle su verdadero nombre, «la libertad religiosa», es el principal recurso de la religión católica en la sociedad moderna.

¡No se debe á la libertad religiosa el que el catolicismo haya reconquistado y gane cada día una posición reconocida y progresivamente sólida en América, en Inglaterra, en Holanda, en Bélgica, en Alemania y en todo el Oriente? ¡No es cierto que rechazando esa libertad y proclamando como vuestros absolutistas «la unidad religiosa» es como Rusia ha concluido por estirpar la verdadera Iglesia y la verdadera fe en su vasto imperio? ¿Es que en Francia desde 1789, época de la libertad de cultos irrevocablemente conquistada, el catolicismo ha perdido algo? ¡No es, por el contrario, el episcopado infinitamente más respetable, el clero más ferviente y disciplinado y hasta los fieles cien veces más entusiastas y celosos que en el pasado siglo después de la revocación del Edicto de Nantes hasta el Edicto reparador y libertador de Luis XIV? Los pueblos en que la unidad religiosa ha sido mantenida por más tiempo, como en Italia, Austria y España, ¿no son precisamente los que ven más comprometida la independencia de la Iglesia aun hoy mismo, y también más amenazada por la reacción que esa misma unidad ha provocado?

Vosotros no sabéis nada sobre si habrá en el porvenir protestantes españoles, pero tenéis demasiados malos católicos que, como se ha visto, no quieren más que encadenar y despojar á la Iglesia. (Alusión á los moderados.) Estos son los que deberían rechazar la libertad religiosa, porque la unidad jamás les ha impedido ni les impedirá, al contrario, les sirve de máscara é instrumento de sus designios sacrilegos, como les sucedió á todos los tiranos, desde Felipe el Hermoso á Napoleón.

Excoeged: de un lado se os ofrece la libertad de cultos con estos sus correlarios inevitables, libertad de asociación y libertad de enseñanza; es decir, jesuitas con sus colegios, órdenes religiosas de hombres y de mujeres con toda su gloriosa fecundidad como en Bélgica, en Inglaterra y aun en Francia.

Por el otro lado se os presenta la unidad religiosa que no es sino una protección ficticia, estéril é irrisoria, compatible con Carlos III y su conde de Aranda, ó con una Cristina y su Mendizábal que proscribieron y despojaron los institutos más preciosos de la Iglesia; hay que ser tres veces ciego, á mi juicio, para dudar.»

Afirma que los católicos deben aceptar «vinceramente las libertades, «para sí y para los otros», y que la Iglesia no puede vivir en la holganza, sino luchando noblemente y añadiendo:

«Escuchad las palabras de San Columbano, cuya historia he escrito yo mismo. «Si suprimís al enemigo, suprimís la lucha; si suprimís la lucha, suprimís la corona; y si quitáis la libertad, quitáis la dignidad.»

Esta no es la divisa «de vuestra aborrecible Inquisición», pero es la de los santos que convirtieron al mundo.

No sé, os ruego, que no hay que confundir «la libertad religiosa con la separación de la Iglesia y del Estado»; ésta es una quimera, sobre todo en España y también en toda Europa. La libertad religiosa existe más ó menos adecuada en Francia, en Inglaterra y en Bélgica sin que la Iglesia esté separada del Estado. Enrique IV es el verdadero fundador de la libertad religiosa en el mundo, y seguramente nada estaba más lejos de sus ideas que la separación de la Iglesia y del Estado...

Los católicos españoles deberán imitar á los católicos franceses que entraron en las asambleas contribuyentes de 1848 que por su buena fe y su adhesión á todas las libertades verdaderas y saludables que garantizaba la constitución republicana, obtuvieron las dos más grandes victorias del catolicismo moderno... la ley Falloux sobre la libertad de enseñanza, y la expedición militar que restituyó á Pio IX en sus estados. Hay que estar muy seguro de que, sosteniendo las ideas de «La Civiltà», «L'Univers» y «El Pensamiento Español», ni los jesuitas habrían podido abrir un solo colegio ni el Papa volver á Roma...»

CH. DE MONTALEMBERT.

Por esto, por ser de la opinión de católico tan probado como el conde de Montalembert, no soy partidario de que se le conceda á la Iglesia ninguna clase de libertad.

«La Iglesia esclava, en el Estado libre,» esta es mi única fórmula, para evitar que, merced á esa libertad, trate de imponerse al Estado y aprovecharse de todo.

(Doy permiso á los republicanos sensatos para que se escandalicen de esta teoría.)

El escolapio que predicó en la catedral el día 2 de Mayo, dijo que los recientes desastres que hemos sufrido, se deben á la falta de fe y al descreimiento que impera en la generación presente.

¿Sí? Pues á echar de España á toda la gentuza que se le está comiendo viva á pretexto de mantener su fe y sus creencias.

Pues si no sirven más que para eso, y para eso no nos sirven ¿á qué transigir con bigardos inútiles?

EL RESORTE

¿Quién ha dicho que España es un pueblo muerto? ¿Quién ha osado suponer que en este país no quedan energía y pasión, y que, semejantes á nuestros abuelos los moros bereberes, contemplamos indiferentes nuestra miseria?

Aún hay patria, digan lo que quieran los pesimistas que suponen á España en la agonia. Todavía es este el pueblo valeroso, heroico ante el peligro, dispuesto siempre á la heroicidad; y para convencerse de ello basta seguir atentamente los hechos de su vida.

El pasado domingo en la plaza de toros de Barcelona, el respetable público, por cuestión de si el último toro había de ser de la ganadería tal ó cual, tiró los bancos al presidente y se arrojó á la plaza para saludar á los toreros con palos y bofetadas.

Queda ó no queda sangre en el país de Numancia, Sagunto, Lepanto, Bailén, etcétera, etc. (Aquí toda la retahíla de nombres con los cuales se nos hizo creer en las escuelas que España es el mejor país del mundo.)

Tal vez algunos de esos seres que gozan encontrando la parte censurable de todos los sucesos, digan que es un acto de salvajismo asistir á un espectáculo por el gusto de armar una bronca, y que constituye una cobardía infame bajar al redondel varios centenares de hombres para abofetear á media docena de muchachos, que están allí para ganarse el jornal con riesgo de la vida y vestidos de oro y seda apenas si pueden defenderse. Pero esta es la crítica de los que todo lo ven negro.

Los que tenemos fe en el porvenir de este gran pueblo, que amaestrado durante cinco siglos por los reyes y los frailes es el que más vale en Europa y cuenta con mejores recomendaciones cerca de Dios, saludamos el sublime arranque de los taurófilos de Barcelona como á principio de la regeneración. Hemos podido caer, pero nos levantamos. Ya sale el nuevo sol. Por fin surge el espíritu de protesta, para bien de todos.

Perdimos la cuarta parte del territorio nacional y ocho millones de compatriotas para que no se perjudicasen los intereses de una señora y un niño... y no pasó nada.

Se envió á la muerte sin honra ni provecho á todo el rebaño obrero, mientras los de arriba, metidos en casa, cantaban la *marcha de Cádiz* glorificando la guerra... y todos quietos.

Se hundieron cuantos barcos de verdad teníamos sobre el mar en inútil y vergonzosa catástrofe preparada por el gobierno monárquico para acabar más pronto... y tan frescos.

Después de la derrota se recargaron escandalosamente los tributos para seguir manteniendo á todos los parásitos autores de aquella... y aquí no ha pasado nada.

Ni los partidos políticos, ni las clases contribuyentes, ni nadie hemos echado el pecho afuera para protestar. Nada nos duele; todo está bien: vivimos en el mejor de los mundos.

Pero, jira de Dios!, eso que en el ruedo de una plaza de toros, como quien dice en el altar mayor de la gran iglesia nacional, se suelten bichos de Ripamillán en vez de Otola, es un absurdo insufrible que ningún buen español puede tolerar con calma.

Que los extranjeros dicen que somos el país más ignorante de Europa... ¡bueno! ¿y qué?... cuanto más brutos más felices. Que

consentimos las mismas instituciones autoras de nuestras desdichas después de haber chillado mucho contra ellas á raíz del desastre... ¿y qué tenemos con eso? No vamos á estar gritando á todas horas y haciéndonos mala sangre. Que pagamos cuanto nos pide el gobierno después de tantas ligas, uniones y pactos para no pagar... Todo se andará: si no es en este trimestre será en el que viene, pues hasta el día del Juicio hay tiempo para reñir.

Pero, ¡Cristol!, eso de que falsifiquen nuestra gran fiesta nacional, la escuela del valor y la guapeza española, merece una revolución.

Pase que se falsifique la ciencia en las Universidades y que las escuelas sirvan para producir brutos adulterados por el abecedario; pero no se puede consentir que decaiga esa gran institución mediante la cual (según han dicho muchos escritores y oradores de la clase de patriotas), el pueblo español, familiarizándose con la vista de la sangre y los mondongos é insultando á los lidiadores, conserva su valor nativo y sin rival, verdad indiscutible que ha quedado probada una vez más con nuestras recientes victorias.

Cada pueblo es como es; en otros sitios se mueve la gente por vagos ideales, por *romanticismos*, como dicen muchos: aquí el único resorte que nos pone en pie, es el horror al sacrilegio.

Tenemos dos cultos nacionales y ¡ay de quien los toque! La menor alteración en una corrida hace crispas los puños, palidecen las mejillas, llamear los ojos y enarbolan los garrotes. La más leve economía en el presupuesto del clero, haría que muchos miles de imbéciles que mueren de hambre sobre el terruño, se lanzasen al monte para defender á trabucos la olla del obispo y del canónigo que ellos no han de engullir.

Admiren otros pueblos á Inglaterra con sus grandes juguetes de vapor y sus habilidades de mercachife, ó á Francia con sus grandes ferias universales. ¿Qué es eso? Humo, ruido molesto, sosería, nada.

Nosotros picamos más alto, y puestos á imitar á alguien, queremos ser como aquel grande Imperio Bizantino que se quedaba tan fresco cuando búlgaros y turcos le quitaban una provincia, pero enarbolaba el garrote como un héroe y teñía de sangre las calles de Constantinopla, por si los *azules* trabajaban en el Hipódromo mejor que los *verdes*, ó por si en los altares debía ó no haber imágenes de santos.

BLASCO IBÁÑEZ

Llovía copiosamente y un labrador de Cabrilla fué á guarecerse en una choza abandonada por unos pastores y en la que se hallaba una perra recién parida. Abalanzóse á él apenas lo vió entrar, lo tiró al suelo y mordióle con furia en las piernas y los brazos.

A los gritos que daba acudió una pareja de la Guardia civil del puesto de Jódar, y no sin gran trabajo pudo impedir que la perra acabase de devorar á aquel desgraciado, que fué conducido á Cabrilla y á quien se desespera de poder salvar.

Me permito advertir, (sin que por esto trate en lo más mínimo de ir contra la fe de mis mayores), que la conducta de esa perra defendiendo á sus cachorros, contrasta un poquito con la del cura de Rucandio y su ama, que extran-gularon hace pocos días á la niña fruto de sus antinómicos amores.

MURMURACIONES

Anoche se celebró el anunciado mitin por los individuos que se dicen afiliados al partido ó agrupación llamada la Unión Nacional.

¿Ha respondido el señor don Basilio Paraiso á las esperanzas que había hecho concebir?

El discurso pronunciado anoche en el teatro Cervantes, ¿es una prueba concluyente de que la Unión Nacional va por marcados derroteros á la regeneración de la patria?

Las ideas expuestas por los individuos que forman parte del Directorio, ¿son viables y nos llevan á un fin determinado? Vamos por partes.

Todos los individuos que desde el escenario del teatro Cervantes dirigieron la palabra anoche al público sevillano, hacían protestas de sinceridad, de honradez, de buena fe... A creerlos á ellos, todos son personas impecables, redentoristas iluminados por un genio supino que trajera en sí algo supremo y de trascendencia originalísima.

No se lo negamos; los aceptamos tales y como se han presentado: acusadores rígidos, severos, que desean salvar la patria española del abismo en que parece hallarse sumida, según ellos. Nosotros tenemos otra opinión, y con la ruda franqueza que nos caracteriza la diremos hoy, como la hemos dicho ayer, y como la diremos mañana.

Si ellos, pues, tienen derecho á exigir que se les crea bajo su honrada palabra, nosotros también, que somos hijos de tan buena madre.

Confesamos ingenuamente que, oyendo anoche á don Basilio Paraiso, hemos sufrido una gran decepción.

Creímos hallar en él al apóstol de una idea preconcebida, fija, tenaz, encarnada en su ser, medida dentro de su constitución nerviosa, después de haber sido purificada en el crisol de su cerebro y tomado vida dentro de su corazón.

Creímos hallar un Jesús que nos predicara un sermón de la montaña que tuviera algo de grande, mucho de humano; que nos conmoviera con un z de esas obras del pensamiento, ó del corazón, que e llevan el sello de la sinceridad, y aun cuando se juzgaran imposibles en la práctica, son dignas de estudio y admiración.

Pero ¡ay! que el señor Paraiso no predica nada, una buena nueva, no explica ningún evangelio, no es siquiera capaz de ofrecer su vida en holocausto de una idea: se halla colocado en una de las esquinas de la calle de la Amargura y se niega á avanzar.

Parécenos un iluminado, no tan iluminado que no sepa rehuir la subida al Calvario, convencido de que allí será llegada la hora del sacrificio...

Sus inflexiones de voz, sus acentos sentidos, sus, al parecer, sinceras demostraciones, que parecen brotar de un sentimiento hondo, arrancan delirantes aplausos de la concurrencia que oye, pero no de la concurrencia que piensa.

Después que pasa el celeste rayo de su fogosidad, de sus castellanas afirmaciones, de sus estudiados aforismos, de sus conceptos terminantes... ¡nadá!

El señor Paraiso pudiera hacer mucho y bueno; pero... ó no se atreve, porque se ha dejado meter en un callejón sin salida, ó, á pesar de todas sus arrogancias de palabra, le asusta la cruz que se eleva sobre el Calvario del Poder, que es en donde está la redención.

Más de la mitad de su peroración de anoche fué dirigida á su persona...

El es honrado, él es moral, él es trabajador, él tiene entereza, y él está dispuesto al sacrificio... En todo ello hay mucho de egolatría que equipara al apóstol de la Unión Nacional con los hombres políticos á quienes censura.

Queremos la salvación de la Patria, y por ella estamos dispuestos á dar vida y fortuna, pero... que vengan otros hombres á salvarla. Nosotros, no. Así probamos nuestro desinterés.

Pues... no señor; así no se prueba otra cosa sino que es usted uno de tantos españoles que critican, y hablan y hablan, sin dar ninguna solución; y si la dan, no se atreven á llevarla á la práctica por temor á sus consecuencias.

España no necesita apóstoles; lo que necesita son hombres de gobierno, desinteresados, capaces, de salvaje independencia, dispuestos á arrastrar ó á ser arrastrados. Que tengan plan, ideas, arrogancias; hechos grandes y no palabras bonitas; sangre en el corazón, no lágrimas en los ojos.

—Las instituciones de un país son accidentales—dice el señor Paraiso.

—Cómo han de serlo, señor! ¿A qué halagar á las clases conservadoras, que son las que tienen propiedades ocultas, influencias funestas, capitales robados, virtudes negativas, vicios funestos, orgullo satánico, incapacidades para toda obra examinada al bien?

Las instituciones—en cualquier orden que sea—tienen sus vicios y tienen sus virtudes. Los pueblos ricos, los pueblos fastuosos, pueden permitir instituciones caras; pero los pueblos pobres, los pueblos sencillos, no.

Si comenzáis por respetar la raíz de todo el mal, de este tumor purulento del que se nutren todos aquellos á quienes censuráis y queréis arrojar al espoliarium de la carne podrida, ¿cómo y por dónde vendrá la regeneración, si el mal está ahí?

—Con nosotros caben los hombres de todas las procedencias: carlistas, republicanos, liberales, conservadores, negros y blancos; con tal de que sean honrados, basta.

Si la honradez pudiera pesarse en una báscula pública, podrían tener esas palabras algún alcance.

Desgraciadamente en España, como en el extranjero, no hay una persona que no se tenga por honrada. Aparte de que la honradez es como la luna: tiene sus cuartos creciente y menguante, y su llena.

—Honradez! Diga el señor Paraiso en todos sus discursos en qué consiste la honradez; y como lo diga de verdad, y de verdad no constituya la Unión Nacional más que con hombres honrados, por adelantado le aseguro que iba á quedar como Jesús; con sus doce apóstoles... y de entre ellos saldría el Judas.

Esa es una equivocación, señor Paraiso; ó, al menos, nosotros lo estimamos así.

En la Unión Nacional, que tiene la generosa pretensión de regenerar el país, no debe tener entrada el carlista, con su Iglesia como madre y señora absorbente, con su rey canalla, con sus prerrogativas absolutas, negaciones de toda clase de libertad.

—Pues qué se ha figurado el señor Paraiso que constituye la nación española? ¿La contribución, y nada más que la contribución? El origen de los tributos, ¿en dónde está? Las obligaciones, ¿de dónde se originan?

—Démosle á ese mismo Villaverde tan discutido, tan infamado, tan llevado de ceca en meca, démosle facilidades para que suprima, por ejemplo, los cuarenta millones del clero, los treinta y seis de la casa real, y otras partidas de este orden, y Villaverde ¡qué horror, pero qué verdad!, Villaverde sería el regenerador del país para el señor Paraiso, que estima que la regeneración total de un país es cuestión de ochavos.

No; formada la Unión Nacional, como lo está, con hombres de todas las procedencias que no abjuran de sus ideas políticas, aunque sean erróneas, la Unión Nacional no será otra cosa que una olla podrida, y el señor Paraiso un equivocado más.

—Sí, señor Paraiso: No lo creemos á usted bastante, ni hablador, ni ambicioso, ni nada de lo que le han dicho por ahí, porque lo estimamos un hombre sincero; pero que es usted un equivocado, sí lo creemos.

Echarse encima de los hombros la tarea de redimir á una nación que hace siglos—¡no años!—que viene declinando en su historia, sin estar dispuesto á ocupar los sitios de peligro, cargando con todas las responsabilidades... ¡esa, señor Paraiso, es la obra de todos los clientes de las barberías! En todas ellas se salva al país diariamente con la misma buena fe y con *El Liberal* ó *El País* por delante.

Si los grandes revolucionarios franceses hubieran hecho lo mismo que Paraiso, no se hubieran proclamado los derechos del hombre, ni la diosa Razon sería la verdad, la más santa verdad de todas las filosofías.

¡Horrible desengaño! El señor Paraiso no tiene ningún programa.

Llámasse regenerador y se niega á regenerar. Créese víctima, y se mueve dentro del ambiente de la más estricta legalidad, retorciendo las frases, puliéndolas, cubriendo el alcance de sus intenciones con la bondadosa elocuencia del apóstol que cree recibir del cielo divina inspiración; y como final de su oración sentida, sincera y honesta, eleva las manos al cielo en éxtasis teresiano, encomendándole á Dios la salvación de la Patria; á Dios, que recibe todos los encargos sin protestar.

Antes que Paraiso, don Antonio Cánovas, en plenas Cortes, le hizo á Dios el mismo encargo.

Vino Sagasta, y también se encomendó á Dios por sí y á nombre nuestro.

Llegó Silvela, y volvió á encomendarnos á Dios!

Y aparece Paraiso encargándole á Dios la misma tarea.

Y Dios... en el cielo, haciendo girar los mundos con la grandiosa majestad de todo lo que se alza por encima de esta indigna pequeñez de hombres que no se atreven á decir una verdad por temor á que los lleven á la cárcel; ni á pedir el manejo de los resortes públicos, y las consiguientes responsabilidades, por temor á que les llamen ambiciosos—según ellos dicen—que yo creo es porque á todos los redentores los crucifican.

Abominando de los políticos y de la política, los partidarios de la Unión Nacional, por boca del señor Paraiso, se quejaban de que en lo municipal, en lo provincial, en lo nacional, se ejercite el cohecho, el chanchullo, el agiotaje... ¿Pero acaso esa libertad de engañar, de estafar, de inmoralizar, le está concedida por juro de heredad á los almacenes de comestibles, á los industriales, á todas las clases que viven del público?

—¡Los hay honrados!—diján.

—¡Ya se ve que los hay! Como hay políticos, y ayuntamientos y diputaciones honradas.

Hay que desengañarse. Nos estamos revolviendo en un círculo vicioso sin hallar salida. Para buscarla, hay que afrontar las consecuencias de la lucha, y... ó se encuentra, ó se estrella uno contra los impedimentos.

Huracán que barra, no céfiro que ore; olas que arrollen, no aguas mansas que besan ensuciando.

El vicio está en la sangre, no en la piel.

José RODRÍGUEZ LA ORDEN

Sevilla.

CANTATA NÚMERO...

Copio al pie de la letra de *Le Télégramme Argelien*:

«El clérigo Potrie, profesor de Historia del seminario, de 30 años, robusto, lleno de vigor, daba sus lecciones desde hacía 18 meses á los jóvenes alumnos del seminario.

Quando se sube por la calle de las Escuelas á San Eugenio, se encuentra hacia la mitad de la calle, un camino pequeño que conduce á la montaña.

Ese camino es verdaderamente delicioso; costeano la montaña, recubierto de una techumbre de verdura, se prolonga por el vallecito lleno de misterio y de sombra por donde corre un ligero arroyo; es un verdadero camino de amantes.

Ese camino conduce á una encantadora capilla sumergida en el follaje y consagrada á la virgen.

Esta capilla fué construida en 1869 por Angelo Bonello, maltés, después de salir de una grave enfermedad.

Donada por su propietario al seminario, ha venido á ser un lugar de peregrinación. Una vieja, María de Guiseppa, vende allí cirios, agua bendita, y recoge las ofrendas; por la noche abandona el santuario.

El clérigo Potrie iba allí con sus muchachos, que reclutaba en una barbería.

Eran estos: F... Michel (de 17 años); A... Lois (de 15 años); C... Laurent (de 14 años) y C... Eugenio (de 13 años); todos peluqueros.

Pero extraeré lo que sigue, para no hacer largo el relato y á la vez quitarle algunas crudezas.

Cayó enfermo uno de los niños y se expontaneó con uno de los parroquianos de la barbería, quien, indignado, salió corriendo á avisar al juez; y éste, después de oír á los chicos y hacer otras pesquisas, decretó la prisión del clérigo.

Y como aquí no caben comentarios, aquí concluyo, diciendo á los padres de familia:

Siento mucho no tener la autoridad de Cristo, el que exclamaba: «dejad que los niños se acerquen á mí», para daros este consejo: «No permitáis que los niños se acerquen á curas, frailes, hermanos, profesores clericales, etc., etc.»

El sermón de un dominico

Por casualidad ó hace pocos días predicar un sermón á un padre dominico. Los dominicos han tenido siempre fama de sabios, pero he de confesar que el dominico que yo oí dió pocas muestras de sabiduría y de elocuencia.

Sin embargo, se halla en tal decadencia la oratoria sagrada que, sin ser una oración sobresaliente, no estaba dispuesto á mostrarme severo con el susodicho fraile, diciendo para mí: «Otros lo hacen peor»; pero he aquí que al final del sermón se pone á hablar de milagros, y queriendo demostrar que Vicente Ferrer hizo milagros, cita uno estupendo. Decía el fraile: «Predicaba San Vicente en... (no recuerdo el sitio que mencionó)... ante un concurso de más de seis mil personas, y después de exhortarlas á apartarse del pecado y á emprender la senda de la virtud, exclamó: «yo soy el ángel del Apocalipsis». Un murmullo prolongado se escuchó entre el auditorio. Los más devotos, lo mismo que los tibios en la fe, consideraron aquello como una arrogancia y un acto de vanidad impropio de un ministro del Señor. Comprendió San Vicente y repitió con energía: «Yo soy el ángel del Apocalipsis, y por si alguno lo duda voy á probarlo con un milagro. Id á tal sitio, allí encontraréis una mujer difunta, traedla y yo la resucitaré». Inmediatamente se lanzaron los oyentes en busca de la mujer muerta. Llegaron al lugar indicado por el santo, y encontraron efectivamente el cadáver que buscaban. Cargaron con él y se lo llevaron á San Vicente. Esto le preguntó: «Es verdad que yo soy el ángel del Apocalipsis? La difunta interrogada, en medio del estupor de la multitud, se incorpora y dice: «Tú eres el ángel del Apocalipsis», San Vicente le pregunta entonces si quería continuar viviendo ó volver á morir; ella

contestó que quería seguir viviendo; «pues vive» dijo el santo, y efectivamente vivió sana y buena durante bastantes años.

Este es el milagro estupendo que refirió el dominico y que yo creo efectivamente que constará en la vida del santo.

Ahora bien; yo pregunto á las autoridades eclesiásticas, á las personas ilustradas que todavía se llaman católicas. ¿Es este el medio mejor de evangelizar á un pueblo en las postrimerías del siglo XIX?

En los tiempos en que las gentes estaban mucho más atrasadas que ahora, podían referirse impunemente esas cosas; pero al presente, aun en las últimas aldeas y tratándose de rudos campesinos, al escuchar milagro tal se les ocurre á los mismos creyentes dudas profundas que vienen á perjudicar su fe religiosa. El más devoto se pregunta allí en su interior: «¿No habría San Vicente preparado ese milagro? ¿Quién examinó á la supuesta difunta para cerciorarse de que no vivía? ¿Es cosa fácil determinar si un individuo está muerto ó no, cuando los mismos médicos vacilan hoy en asegurarlo hasta que se presenta la descomposición? Si efectivamente aquella mujer estaba muerta, ¿cómo quiso seguir viviendo? ¿Tan poca afición al cielo tenía que no pidió al santo volver á morir para ir á gozar de la presencia de Dios? ¿No revela el hecho de que siguiera viviendo, el que aquella mujer no estaba muerta de verdad y fué todo una superchería del predicador? ¿Por qué ahora, que hay más incrédulos que en el siglo XIV, no se dan esos milagros que á tanta gente convencerían? Si San Vicente fué el ángel del Apocalipsis, ¿cómo es que el mundo no se ha acabado todavía ni lleva trazas de acabar después de seis siglos de haber aparecido dicho ángel sobre la tierra? ¿Por qué la Iglesia lo ha elevado á la categoría de santo y no ha respetado su carácter de ángel? ¿Es que la Iglesia duda de la afirmación del santo? ¿Es que la Iglesia no admite plenamente el milagro? Si no lo admite, ¿por qué consiento que se narre en una gran población y ante un público ilustrado que ha de escucharlo con prevención?»

Todas estas preguntas se formulan entre los mismos católicos. No hablemos de los tibios y de los que no creen; éstos se afirman más en sus dudas al ver que la Iglesia emplea recursos semejantes para evangelizar á las gentes.

Y he aquí cómo se cumplen las leyes fatales de la vida. La religión católica está destinada á morir, y no es ya de los elusos y de las logias de donde parten los golpes que la llevan á la decadencia y á la decrepitud; es de los mismos templos, es de la cátedra del Espíritu Santo de donde parten los dardos más acerados y que más dañan lo hacen.

La religión católica remozándose, bañándose en el espíritu moderno, adaptándose al medio ambiente en que se encuentra, pudiera prolongar indefinidamente su vida, porque es muy difícil matar una religión que hace dos mil años viene ejerciendo el dominio supremo sobre el mundo; pero aferrada á tener frailes dominicos y á que éstos prediquen en la misma forma que predicaba San Vicente hace seiscientos años, morirá muy pronto. Ella misma acelera su decadencia y su fin.

CAZALLA

El por qué de la devoción

Si lo entiendo, que cuelguen á tres docenas de frailes de los balcones frente á la reedificación, para recrear un poco mi vista durante unos días.

Con motivo del jolgorio que se armó en Madrid, durante la última Semana Santa, los periódicos clericales echaron las campanas á vuelo y continuán echándolas, atronándonos los oídos con lo de que el pueblo madrileño es católico.

Eso no es verdad, y todos lo sabemos; pero como les conviene decirlo ahora, lo dicen, sin perjuicio de salir otro día por la cantata de que la impiedad lo invade y lo domina todo.

Contra esas afirmaciones, opone un colega estas otras:

Que el miércoles es día de vigilia, tanto como el jueves y viernes y con igual obligación, pero comió de carne todo Madrid, (todo el Madrid que puede comprarla, añado yo), lo que también hizo el sábado santo, día de vigilia bajo igual pena de pecado mortal.

Que apenas se han vendido bulas este año, y que los sacristanes dicen que se han consumido menos papeletas de comunión.

Que la Semana Santa es cosa de tristeza y penitencia, dolor, meditación, soledad y recogimiento; pero que el jueves, las calles estuvieron llenas de buenas mozas, empergladas con flores, mantillas blancas, alhajas y ostentaciones de colorines, rivalizando en esto plebeyas con nobles, pobres con ricos y de la clase media.

Que los hombres no les iban en zaga en esto de ostentar el fondo del baul y la chistera que no sale más que en ciertos días. Todo el mundo iba alegre, rozagante, con flores en el ojal, puro en la boca... Los cafés estaban llenos, las calles ruidosas; se cruzaban requiebros y homenajes amorosos por todas partes; se quería ver y ser visto; se robaban más corazones que relojes; y las aperturas de los templos ocasionaban cada aproximación que metía miedo. Los neos, como lo saben, sacaban su tripa de mal año en Tinieblas, Oficios y sermones.

—¡Ta, ta, ta! ¡Vaya unas noticias frescas qué nos da ese periódico!

—¡O es que no sabemos todos que, si

se separase al catolicismo de cuanto llaman los neos goces mundanales, desertarían de sus filas todos los creyentes?

Suprimase la cena después de la misa del gallo, y no habrá misa; el cordero el día de Pascua, y no habrá Pascua; las comilonas en las fiestas religiosas, y no habrá fiestas; y la vanidad, y la exhibición en todos los actos de Iglesia, y á ver quién va á novenas, procesiones, etcétera, etc.

La religión llamada espiritual, es la que más halaga los sentidos y las pasiones groseras de la raza humana.

Táctica jesuítica

Vamos á emprender el estudio serio y ordenado de ese fenómeno llamado Compañía de Jesús, al parecer simple instituto religioso, cna! se presenta ante la sociedad.

El primer error del criterio sería partir de la base de que el jesuitismo es una congregación cristiana.

El jesuitismo es un sistema teológico, filosófico y político; una revelación, ciencia y arte al mismo tiempo, pero especiales, que se distinguen perfectamente del arte, ciencia y revelación católicas.

El arte comprende el porte exterior hasta el más pequeño detalle del individuo. Para el buen observador, el jesuita se revela en su andar, modales y ademanes, más aún en el lenguaje y en el conjunto. Quince ó veinte años de noviciado se gastan en educar al aspirante en esas prácticas, en un amañamiento particularísimo que regula el corte de uñas, modo de llevar el manto, flexión de voz, aire de la mirada y criterio del juicio.

Dos minutos de estudio bastan para descubrir al jesuita. Su secreto y el alma de todo su sistema es el artificio. Un hombre de talla descomunal, que debía dar pasos de gigante, le veis pisar menudito como una damisela; ved ahí una contradicción. Un hombre hemático hace movimientos convulsivos; otra contradicción. Tono de voz y declaración entusiasta, palabras conmovedoras, ademanes elocuentísimos al parecer, y al mismo tiempo la mirada sin fuego, frío el rostro; el corazón no siente lo que dice la lengua: esta es la contradicción entre lo íntimo y lo externo, la mentira.

El ojo poco conocedor de la relación entre el alma y el cuerpo, que ignora las manifestaciones naturales, necesarias y adecuadas de los movimientos pasionales, se deja engañar por esos cómicos que saben demostrar entusiasmo cuando más frío sienten; que aparentan serenidad cuando más conmovidos se hallan; pero el ojo sagaz advierte en seguida la presencia del espíritu jesuítico. El jesuita, si llega á darse cuenta de que está bajo la observación de una mirada analítica, se trastorna, pierde el equilibrio, queda aturrido, baja la vista como herido del rayo. Esta observación puede hacerla cualquiera con un jesuita: escuchadle con atención, miradle con fijeza, examínalo en conjunto, dadle á entender que buscáis ese artificio: el jesuita locuz quedará repentinamente sin habla, perderá el color, y, creyédo: aprovechará la primera ocasión para desaparecer: vuestra mirada es para él un rayo que le atormenta.

Si queréis estudiar al jesuita en sus acciones externas, estáis perdidos: ha prevenido vuestra curiosidad y no lograréis sorprenderle en lo más mínimo: no se fía de vosotros, cuenta con vuestro prurito, conoce vuestro deseo y cuenta con él como el mejor alce para engañaros á vosotros. Por esto los jesuitas, para vencer y convencer á sus enemigos, lo primero que hacen es invitarles á ir á sus casas, al trato íntimo de los suyos, para que con sus ojos y oídos se convengan: ya saben que esos ojos y oídos se engañarán. Está todo prevenido para el caso.

Si va á vuestra casa, estudiadlo. ¡Qué corrección de formas! ¡qué conversaciones más amenas! ¡qué pláticas más candorosas! Os adivina los gustos; os da por vuestra afición; conoce vuestros caprichos; creédo: no le sorprenderéis.—Va á la habitación que le habéis destinado, y ya sabe que una rendija en la pared, un agujero debajo de un cuadro ó al través de una telaraña puede servir para sorprender al jesuita; él, muy sobre aviso, ejecuta la acción que más pueda excitar vuestra admiración.

Hay personas tan hábiles en la comedia, que saben verter lágrimas, producir el lloro y tomar la actitud más propicia para denotar aflicción; el conjunto es ya más difícil; el brillo especial de los ojos, el colorido propio de la tristeza, eso no se finje si no se siente: el poder de la voluntad no extiende hasta ahí su dominio.

El individuo es, pues, difícil de sorprender: ¿qué diremos de la colectividad? Así como el individuo parece un santo, la colectividad parece una congregación religiosa.

Pero el más hábil hipócrita llega á descubrirse: un día entero, una semana, un mes y no año, podrá fingir: pero la aflicción es un estado violento; el espíritu se cansa y se rinde: el hipócrita se descubre tarde ó temprano, si ha de estar en tensión continua.

Por esto busca el secreto. Ved ahí la fuerza de la vida musical separada del mundo y de la sociedad.

Puede servir para el bien, y también para el mal. El hipócrita que no sabría sostener su carácter veinticuatro horas seguidas, oculta su maldad años y años; si reduce su trabajo á dos, ó cuatro, ó seis horas diarias. Las demás las tiene para descansar.

Ese mismo es el refugio de la colectividad: el secreto.

El retiro del mundo, sirve, pues, para precaver de las tentaciones y también sirve para dar asilo á la hipocresía.

Debo hacer observar que, aún entre los jesuitas, los hay buenos; otros tibios, otros malos, perversos, etc. La Sociedad conoce muy bien quiénes de los suyos son santos y quiénes unos bergantes, y se sirve de ellos admirablemente.

La misma necesidad es cosa de excelente provecho, bien utilizada. Un necio en manos de un tudiante, es el cebo para engañar á los más astutos.

Sorprender á la Sociedad, en funciones de tal, no será menos difícil; con todo, la historia es muy larga; no ha sido siempre hábil para fingir. Su táctica se presenta al descubierto no pocas veces.

Desde la restauración hasta hoy, en España, su desarrollo ha sido maravilloso, especialmente en la provincia de Aragón: en veinticuatro poblaciones habían logrado tener casas antes de la expulsión de 1767, con un trabajo de doscientos años: en este siglo, en menos de cincuenta, ha conseguido tener dos en Barcelona, dos en Manresa, dos en Zaragoza, dos en Valencia, una en Tortosa, Veruela, Gandía, Gerona, Huesca, Mallorca, Tarragona, Orihuela, Tarazona, total diecisiete ca-

sas, algunas de las cuales son ostentosos monumentos. Siguiendo esta proporción, en doscientos años sería dueña del país la Compañía, pues tendría veintitres millones de casas; ya que no pudiese tener ese número material, supliría la diferencia con el dominio de cuerpos y almas.

Los tesoros que encierran son grandes; los capitales que el Instituto posee son enormes; en nuestras listas aparecen legados desde veinte millones de pesetas hasta veinte duros, diez, cinco, cuatro. No pretendemos tener todos los datos; pero los que poseemos son bastantes para demostrar á la Iglesia y al mundo, que la Compañía está fuera completamente del espíritu de San Ignacio en cuanto á la pobreza. Rogamos á nuestros lectores que no crean nuestras afirmaciones hasta ver las pruebas.

Los trabajos que para conseguir esas fortunas han tenido que hacer, son muchos.

Nosotros los descubriremos paso á paso, apoyados sobre pruebas inconcusas. Seguir á la Sociedad desde el año 1852 hasta la fecha, es tarea curiosa. De la España de entonces, cerrada á cal y canto al jesuitismo, á la de hoy, esclava de los jesuitas, hay un abismo de misterio.

Nosotros vamos á descubrirlo, buscando solamente el bien de la religión y de la sociedad.

(El Urbión, Barcelona.)

EL VICIO HIPÓCRITA

Dijo Villegas (*Zeda*) ilustrado periodista conservador:

«Habrá quizás quien diga: Nuestra sociedad es virtuosa, enemiga del vicio... Aquí no hay corrupción, aquí nada huele á podrido, aquí los hombres son tan candorosos como el mismo Josef y las mujeres tan castas como la casta Susana. Aquí no hay círculos viciosos, ni adulterios, ni malas pasiones... Todos somos puros y limpios de corazón y nuestro pudor y santidad se irritan cuando un autor, falseando la verdad, nos presenta en escena los extravíos de la vida humana...

Convengamos en que serían un poco exagerados tales optimismos. No diré yo que la generación presente sea peor que las pasadas, pero sí me atreveré á asegurar que no es mejor. En cualquiera de esos teatros en que los espectadores rechazan por inmorales y por escabrosas escenas que no traspasan los límites del decoro, puede el observador, mirando en derredor suyo, rehacer con el pensamiento escenas de la vida real que todo el mundo conoce y muchos comentan con frase naturalista...

Á lo que puso Bonafoux este comentario:

«La diferencia entre París y Madrid en punto á moralidad, es que en París se ama sin hipocresía, con luces, en camarines bien olientes, y en Madrid se ama detrás de las puertas, en oscuros pasillos, en catres de recónditas alcobas, apagando la luz que alumbraba el altar de la Purísima... La literatura española, reflejo de ese estado de alma, es un catre lleno de insectos—de los insectos que revolotean en las vespasianas de la heroica villa y corte de garabaillo;—un catre donde ciertos novelistas, rufianes de fondo y tartufos de forma, revolcaron, bajo burdas mantas de Palencia, voluptuosidades robadas á las obras de los Flaubert y Zola, entre otras verdaderas regentas de la moderna literatura europea.

La hipocresía en todas las manifestaciones de la vida, la hipocresía fraíluna inmundada, ha apagado las luces del ingenio y de la virilidad de España, y España ha dejado de ser la patria de los hidalgos, en concepto del extranjero, para convertirse en la patria de unos mercaderes que venden colonias como si fuesen cacahuetes...

¿Qué añadir á estas dos opiniones, tan diferentes en la forma, como iguales en el fondo? Que estoy conforme con ambas. ¡Y viva el año 35 elevado al cubo!

Unos señores Ayala, de Badajoz, ponen á sus dependientes unas plaquitas del Sagrado Corazón en la chaqueta ó americana. Y el que no se presta á ello, á la calle.

Ténganlo en cuenta los republicanos de aquella ciudad, para ponerles á esos señores una jácquima el día que se vuelvan las tornas. Cada cual debe abusar cuando pueda.

Nocedal y su papelucho

SEGUN EL P. SANCHÁ

Hay que anular por completo á ese tipejo, providencia de cuantos inventan porquerías para teñirse el pelo. Y á este fin reproduzco la fotografía que hizo de él y de su papel de uso externo, *El Siglo Futuro*, nada menos que el Primado de las Españas, en una pastoral fechada en Julio de 1899 y que dice en su página 28 y siguientes:

«Hay un periódico, un periódico llamado católico, que consideramos como un grave obstáculo para la paz y la unión de los ángeles, y hay motivos fundados para presumir que no está penetrado de informado de saludable espíritu. Sus precedentes comprueban esa misma presunción. Publicó un artículo el 9 de Marzo de 1885, y á consecuencia de él vino de Roma el despacho oficial que á la letra dice así:

(Copia el despacho, que es una condensación terminante de la doctrina sentada por el Nocedal teñido, y continúa.)

«Después, como si estuviera dotado del triste privilegio de dividir, le convino separarse y se separó de un partido en que había nacido.

Y para justificar la ruptura, le inculcó de haber abandonado la integridad del programa, y de haberse hecho liberal, dando con sus imputaciones, lugar á polémicas lamentables, cuya dureza es mejor no recordar,

Verificada la separación, intentó formar un nuevo partido para sostener las doctrinas puras y los principios íntegros y limpios de toda mancha de liberalismo, y además declarar la guerra a la civilización moderna, con la cual es irreconciliable el catolicismo, según se enseña en el *Syllabus*. Interpretó de tal manera el *Syllabus*, que se figuró poder hallar en él los materiales que necesitaba para fundar su nueva escuela, que a la vez serviría a la Iglesia.

Con esos fines publicó en Burgos un Manifiesto que viniera a ser como el programa ó credo del integrismo. No estuvo afortunado, porque en el dicho Manifiesto había algunos errores contrarios a la sana moral. Se le llamó verbalmente la atención, con caridad pastoral, por quien debía hacerlo, y en su consecuencia publicó una retractación, más bien deficiente que adecuada.

Concibió el pensamiento piadoso de publicar unas jaculatorias llamadas *Letanías de San José*, para coleccionar limosnas destinadas al dinero de San Pedro, y dió paso á varias de aquellas tan imprudentes y ofensivas, que causó escándalo ver la invocación del Santo Patriarca y de otros santos, junta con alusiones que, aunque veladas y astutamente preparadas, hacía mayor mal que bien, y, siguiendo saludables consejos, fueron suprimidas.

Nuestro Santísimo Padre, en su alta sabiduría, dispuso que las peregrinaciones á Roma fueran presididas y dirigidas por los reverendos obispos, en vez de dirigirlas un seglar. El principal enemigo de ellas, después que los impíos, fué el periodista de referencia, que las ridiculizaba y hostilizaba y hostilizaba por cuantos medios podía, aunque fueran en ellas muchos prelados dignos de veneración por sus virtudes, sus importantes servicios y su edad. Pueden registrarse los números pertinentes al mencionado diario, y se verá que decimos la verdad. Parecía conducta ha seguido con el primer Congreso católico, celebrado en Madrid, al que asistieron 22 prelados y presidió un eminente purpurado. Callamos la actitud habida con los demás.

Mientras enaltece y recomendaba con entusiasmo indecible obras iniciadas ó favorecidas por él, ó que fueran de su agrado, sólo tenía silencio y desdén para otras obras buenas, de común utilidad, debidas al celo de verdaderos católicos. Ese proceder, apasionado y desigual, ha dado ocasión á innumerables divisiones entre los fieles, y además, con la injusta libertad que se ha tomado de tildar de liberalismo á los que no son de su partido y á los que se separaban del mismo, ha contristado y ofendido á un número considerable de individuos y familias, cuyo timbre más noble y glorioso consistía y consiste en servir á Dios y amar á la Iglesia. *Semejante pontificado láico es funesto é insoportable.*

Por esos precedentes podréis conocer, amados hermanos, el estado patológico del susodicho periódico; no es de hoy, sino algo crónico; que en vez de servir á las reglas del romano pontífice, se desvia de ellas reemplazándolas por su juicio privado; que mientras funciona así, en vez de auxilio será obstáculo para promover el bien y causa lamentable de perturbaciones é inquietudes para los espíritus, y que, por consiguiente, hay motivo fundado para sospechar de la finalidad que persigue y del espíritu que informa, siendo su lectura tanto más peligrosa para las almas sencillas, cuanto más revesada aparezca de formas y frases de indiscreto y aparente celo.

No es propio de un diario que pretenda los honores de católico el contribuir ni indirectamente á mermar los prestigios de la autoridad eclesiástica. Aun dado caso que hubiere deficiencias y equivocaciones, no es un diario católico el llamado á rectificarlas. *Patrem habemus*. La misión de un diario que se precia de católico, no es la de vivir y destruir, sino la de prestar su cooperación para unir y edificar...

Dado en nuestro Palacio Arzobispal de Toledo á 12 de Julio de 1899.—*Ciriaco María*. Cardenal Sancha y Hervás, arzobispo de Toledo.

¿No es verdaderamente risible que hable de periodistas impíos y de periódicos excomulgados un hombre que ha dado lugar con su conducta anticristiana á que el arzobispo de Toledo lo trate así? ¡Valiente farsante!

Al tiempo de disponerse á echar la bendición á dos novios en la iglesia de Santa Encargia (Zaragoza), advirtió el ministro de Dios que faltaban tres pesetas para acabar de cicatrizar el sacramento, negándose á dar el último toque si no se las abonaban.

El padrino le soltó dos, no frescas, sino pesetas, sobre siete que ya había recibido, y mi cura largó por fin á los novios la bendición de remate. Pero héte aquí que al salir del templo corre tras los de la boda el monaguillo, diciéndoles que su amo no se conformaba con las nueve pesetas, y que se las devolvía, á menos que no le soltaran la que faltaba.

Y ni cortos ni perezosos se las tomaron, y diz que fueron inmediatamente aplicadas á un modesto refresco, con gran regocijo de todos.

Estoy por no creer esto, aunque lo veo en letras de molde. ¡Soltar un despreciador de los bienes terrenales nueve pesetas que tiene engatilladas! Solamente volviéndose loco.

En fin, quizás sea cierto, por aquello de que se verifican milagros y que para Dios nada hay imposible.

VENTA DE MISAS

Don Benito Paredes Blanco, vecino de Alfafar, encargó una misa al párroco del pueblo, y ajustó en seis pesetas con setenta y cinco céntimos, como si fuese material mercancia.

El día en que debía celebrarse, falleció de madrugada la esposa de don Evaristo Alarcón, y éste quiso que la misa fuese para el alma de la recién fallecida.

Convínose así entre ambos feligreses; el cura aplicó la misa por la difunta; cobró del viudo el precio que quiso, y en seguida... mandó la cuenta de las seis pesetas con setenta y cinco céntimos al primer contratante.

Protestó éste con energía y negóse á pagar, alegando que nada debía, puesto que nada había hecho el cura por encargo suyo; pero éste invocó una ley llamada, según él, de molestias, por la que tenía derecho á cobrar la misa que no había dado.

Un colega, refiriéndose al caso, dice con mucha gracia:

«Pues señor, eso de que á Jesucristo no le dieran un cuarto por dejarse crucificar en el Calvario y los curas lleven unas pesetas por volver á crucificar á Cristo en el altar, no lo he podido entender nunca.

Porque siempre creeré que es más dificultoso dejar que le maten á uno en una cruz, que matar á otro místicamente en el altar, como dice el Concilio de Trento que sucede en la misa.

Se siguen de esta venta de misas graves inconvenientes, y entre ellos el de que los que á tal negocio se dedican, no se contentan ya con el justo precio ó la tasa si la hubiere, según ordena el catecismo, sino que pretenden y logren ejercer una especie de reventa para que una misma misa pueda ser cobrada varias veces.

Suceden en esto de los asuntos y gracias espirituales cosas tan raras, que no me atrevo á decidir si el cura ese ha hecho bien ó mal cobrando dos veces una misa.

Lo que sí me propuso á decir, después de haber consultado al capellán de El Motín, persona entendidísima en estos embrollos, es que no existe la ley citada por el párroco de Alfafar, y que, por lo tanto, debe ser llevado á los tribunales por la persona á quien ha querido sacarle dinero por un servicio no prestado; hecho que, si no se tratara de negocios espirituales, calificaría yo modestamente de tentativa de estafa.

Dicho sea con todo el respeto que me infunden los llos canónicos y teológicos.

EPIGRAMA

Cierto fraile jorobado
y un canónigo tripón
sostuvieron discusión
por cual era peor formado;
ya de argüir enojado,
dijo aquel: «es consecuencia,
ya una ú otra escrescencia,
de la moral que observamos:
fraile, á la espalda la echamos;
oura, da al vientre potencia.

ENRIQUE CANIZO

DESDE PARÍS

Madame Dumoulin, de cuarenta y dos años de edad, es una patriota que, alarmada sin duda por los datos estadísticos que acusan una disminución inquietante en la población de Francia, puso todos sus bríos al servicio de la Patria para conjurar tan grave mal; y dando un brillante ejemplo, que debía ser seguido por todas las ciudadanas francesas, ha dado vida á veintidós hijos, estando aún dispuesta á continuar estas tan patrióticas tareas...

Pero, ¡ah!, que los Gobiernos de la República, aunque preocupados del problema de despoblación, no han dictado aún leyes que protejan contra la miseria á los que se entregan á la fecundidad, y la pobre mujer que, joven todavía, ha dado ya la vida á veintidós seres, tuvo que robar unos cuantos puñados de judías que deseó en su último embarazo, porque sus recursos no le alcanzaban para comprarlas...

Madame Dumoulin ganaba un jornal de treinta céntimos, y allí, en casa del amo que le pagaba este salario, fué donde robó los puñados de judías.

El amo, hombre recto y de conciencia acrisolada, quiso hacer un escarmiento, y, no por las judías, según dijo al Tribunal, sino para vengar á la sociedad, denunció á la ladrona, quien, con su duodécimo primer hijo entre los brazos, compareció ante sus jueces.

—¿Su nombre?
—Madame Dumoulin.
—¿Su edad?
—Cuarenta y dos años.
—¿Su profesión?
—Obrera, con treinta céntimos diarios de sueldo y madre de veintidós hijos...
—Esto último no es una profesión...
—¡No obstante, señor presidente!...
—Refiera usted los hechos.
—Señor: Siempre que me encuentro en mi estado normal, el apetito aumenta considerablemente...
—¿A qué llama usted su estado normal?
—Al embarazo, señor presidente...
—¡Silencio!... Continúe la procesada.

En este estado, las mujeres tenemos deseos: las unas apetecen un sombrero, las otras un vestido, las otras ir en coche ó al teatro, las otras unos dulces, unas ostras, Champagne, ó Cognac ó... mimos del esposo; yo no deseo más que comer, porque tengo hambre: pan, carne, judías, queso...

—¡Bien, bien!... Abrevie usted...
—¡Y todo esto, sin más aperitivo que el trabajo!... Yo trabajaba en las judías y deseaba una buena sopa de judías; y tanto la deseaba, y tal era mi hambre un día, que tomé unos puñados de un saco, y...
—¿Pero eso era un robo!...
—Para satisfacer un deseo de embarazada y una necesidad de la vida... El hijo que yo sentía en mis entrañas, y que ahora tengo entre mis brazos, se moría de hambre...

El amo de la acusada, el que pagaba á ésta treinta céntimos diarios, vino á la barra á declarar contra la ladrona.

—Yo soy generoso, señor presidente, pero odio el delito. Esos puñados de judías los daré á la Beneficencia pública, pero hace falta un escarmiento.

Y el escarmiento se ha hecho condenando á la ladrona á dos días de prisión; poca cosa, porque pocas fueron las judías que robó; pero esa condena es la muerte moral, es la falta de trabajo, es la perdición, es el infierno para una mujer que prefería treinta céntimos de un trabajo honrado, al oro de la prostitución...

«¡Oreced y multiplicaos!», dice la ley sagrada; «¡multipliquémonos!», dicen en Francia los estadistas; «¡alerta, la despoblación nos roe!», gritan los sociólogos; y siempre que un caso raro de fecundidad aparece en algún rincón de este hermoso país, la miseria cerca la familia, y los poderes públicos dicen: «¡No hay medio de socorrerlos!... ¡Las leyes no han previsto el caso!»

El rico no quiere tener hijos, porque son trabas para gozar de la fortuna; la clase media se guarda muy bien de tenerlos, porque donde hay pan para dos, no lo hay para cuatro; y el pobre que se abandona al placer de la familia, ó tiene que mendigar la subsistencia ó robar un puñado de judías, que dará pretexto á un procedimiento criminal, á la constitución de un Tribunal juzgador, y á una condena ejemplar que vengue á la sociedad de la ofensa que le hizo el hambriento que robó para aplacar las torturas del hambre...

A. SEA

Se puso tan salerosamente borracho el cura Marazón en Salamanca, y de tal manera insultaba y escandalizaba de tal suerte, que fué conducido por los guardias á la prevención.

Pasóse la noche en ella revolotándose y gruñendo, y á las siete le abrieron la puerta suponiendo que estaría ya en estado de decir su misa.

Mas ¡ay! que no era así, pues mi amigo fuere haciendo esos hasta el paseo del Rollo, donde recosió la papalina en un establecimiento de bebida, saliendo hecho un torerazo á la Alameda donde tomó asiento y comenzó á roncar con tales ganas, que los chiquillos formaron corro alrededor suyo, y gritaron y bailaron regocijados.

Con todo el respeto debido, me atrevo á sospechar que ese digno sacerdote no cumplió exactamente aquel día con su deber, por más que no tenga gran empeño en desmentir al que asegure lo contrario.

LA RELIGIÓN

Y LAS PATENTES DE HONRADEZ

Se dice con frecuencia que tal ó cual persona es virtuosa, porque oye misa todos los días, acude á todas las novenas, reza el rosario, pertenece á varias cofradías y viste á las vírgenes de los altares; es posible, pero no son méritos que acreditan la virtud, porque hay personas honradas y virtuosas que no rezan tanto ó no rezan nada.

Y no traeríamos á cuento la religión, sino fuera porque se concede hoy patente de honradez á quien practica sus actos, y se considera sospechosos á los que, por creencias igualmente respetables, se abstienen de ejecutar manifestaciones públicas del culto.

La mujer, como el hombre, puede ser virtuosa sin ser religiosamente fanática, y puede ser mala aunque engulla rosarios y devore sermones y novenas.

Las patentes de honradez que se expiden desde las sacristías, inspiradas en los libros parroquiales, no tienen valor alguno real, no son más que certificados de practicantes de los preceptos religiosos, que ni aun acreditan si son ó no hipócritamente realizados.

Siempre nos ha parecido ridícula la importancia que se concede á esos talones al portador, que acreditan el cumplimiento pascual, sin cuyo requisito ni aun se pueden desempeñar ciertos cargos oficiales. El certificado de buena conducta expedido por el párroco es imprescindible.

Pedir la cédula de comunión al aspirante á una plaza de sacristán ó de mozo de limpieza en un convento, es justo; pero exigir la fuerza de estos casos, es el mayor de los absurdos.

Sin embargo, hace mal papel el que no está provisto de ella ó no ha hecho méritos para adquirirla. ¡Qué le vamos á hacer; es consecuencia de nuestra ilustración deficiente! La acción inevitable del tiempo deshará poco á poco estos errores.

En la sociedad hay honrados con bula—religiosamente hablando—que en los días pasados ó en los presentes, porque hay prorroga para los morosos, se acercarán ó se habrán acercado al tribunal de la penitencia, más por convencionalismo que por verdadera devoción nacida de sanas creencias; y si en lugar de someterse á su fallo se les presentara al de un juicio por jurados, no conseguirían como allí la absolución de sus culpas á cambio de unas cuantas oraciones, sino después de muchos años de presidio, cuando no tuvieran que expiar sus delitos en el patíbulo. En cambio son buenos feligreses, sin contar que es mucho más criminal que privar de la vida á un semejante, asesinar su honra y robar con la usura al pan de sus hijos.

Oyendo misa todos los días ó las fiestas de guardar, aunque sea para cruzar miradas lascivas con el adorado tormento ó para adquirir materia murturable en la tertulia; comprando todas las bulas que expende la Iglesia; confesando y comulgando por Pascua Florida, puede cualquiera adquirir el marchamo en la aduana de la honradez y de pasada desollar al prójimo, y desbalijarle hasta ponerle en el arroyo. No enm-

pliendo ese programa seréis hombres de mal vivir, hombres sospechosos.

De aquí resulta que fuera de España no hay honrados en el resto del mundo, porque son muy pocos los que profesan nuestra religión.

¡Qué insensatez!
No creáis, vosotros, los candidatos al cielo, que la honra no tiene más representantes que aquéllos cuyos nombres cuajan las páginas del libro parroquial, como tampoco todos los cacos y criminales están registrados en la galería negra de los cuarteles de la Guardia civil.

Los pobres de levita

Ayer, mientras los proletarios de todas las naciones cultas celebraban la hermosa fiesta del 1.º de Mayo, esa fiesta internacional de solidaridad y paz que fortalece y une á los obreros, á la vez que sirve para reclamar de los Estados la adopción de medidas urgentes que remedien y pongan término á la miserable condición de los obreros manuales, yo no podía menos de pensar y volver la vista hacia otros pobres seres que colocados en el mismo peldaño económico que los obreros, sufren y callan, sin conocer siquiera la alegría de la rebelión y la protesta.

Me refiero á la clase media: á esos pobres de levita que hacen como que viven de los miserables rendimientos de un trabajo intelectual; á esos infortunados que van á caza del empleo público ó de la colocación privada que llene de patatas el estómago de su desgraciada familia; á esos artistas, escritores, médicos y abogados que se baten en el terreno de las profesiones liberales, en el que siempre la oferta es superior á la demanda. Jamás en parte alguna es tan doloroso el alarido del sufrimiento como en esta clase desgraciada. Las resistencias de los de arriba y las reformas que consiguen los de abajo, dan de lleno en su montón. Colocados los pobres de levita entre la podredumbre de guantes blancos que sostiene el capital y el mar de manos encallecidas que lo amenaza, están los infelices en esta vida zarandeados de un lado para otro, sufriendo todas las torturas de un flujo y reflujo continuo.

La vida de estos mendigos disfrazados huele á embustería. Tienen en su favor sólo la apariencia de los hechos; pero nadie como esos seres que sin fortuna personal tienen que ganar la subsistencia diaria, siente tan fuerte y de continuo el ramalazo de la desgracia. La farsa lúgubre que se ven obligados á representar, me pone muy enfermo. ¡Cuestión de corazón, sin duda!

No puedo remediarlo. Cuando veo pasar una de esas numerosas familias en las que el padre es un misero empleado que con cuatro ó seis mil reales de sueldo tiene que atender á las necesidades de ocho ó nueve hijos; cuando contemplo los trajes relucientes y apedazados de las niñas, la levita prehistórica y verdosa del jefe; cuando leo en los ojos de todos la fatiga y el cansancio que produce una lucha estéril en una vida sin ilusiones ni esperanzas; cuando los rostros cloróticos de las hembras me cuentan las habilidades sin fin, las vigiliadas sin cuento que se hacen en la casa para conservar aquellos trajes viejos que cubren sus desnudeces; cuando sé que todos van paseando sus cuerpos, pero... ¡pasando también la lengua filosóficamente por el cielo de la boca para enganar el hambre!, no puedo menos de revoloverme airado contra la vida, de sentir náuseas y ganas de llorar ante aquel vuelo silencioso de la desgracia.

¡Qué será de ellos! Misero empleado el padre, sin fuerzas para un oficio manual, viejo y enfermo tal vez, y como dependiente del gobierno, expuesto á ser barrido por el huracán de cualquier reforma, como una epidemia borra y sepulta un cuerpo en la fosa común, ¿dónde irá á parar aquella familia que pasó por mil lido, con la expresión tristemente horrible y sombría de un ganado enfermo?

¡Oh, la diferencia entre el proletario y aquellos pobres seres disfrazados de burgueses, es inmensa! El obrero, con seis, ocho ó diez reales de jornal, necesita atender á su subsistencia, vivir en un tabuco cualquiera y vestir la honrada blusa del trabajo; cada hijo que viene es un trabajador más que se suma á la sociedad familia; las hijas serán también obreras, hasta que el amor las lleve á crear otra casa, y así todos, si no viven felices, tampoco son desgraciados. Pero aquella otra familia del empleado público, ¿qué hace con los ocho ó diez reales que el padre gana? Las preocupaciones sociales y el convencionalismo estúpido les exige un género de vida completamente ficticio. Su posición es mucho más desventajosa en la batalla de la vida que la del obrero manual. Tiene que sostener una bufonada seriamente. No vestir la blanca blusa que cuesta poco, sino la fúnebre levita, que es más cara; no habitar en la portería, sino en el tercero, por lo menos. Si en casa del trabajador cada hijo es una ayuda, en casa del empleado cada hijo es una desgracia. Si la hija del obrero puede encontrar otro obrero que la quiera, la hija del pobre de levita no debe soñar jamás con un idilio; debe encerrar su corazón para siempre entre las cenizas de la esperanza. La más afortunada y bonita agonizará á lo sumo entre amores superficiales, para ser á la postre abandonada, pues los señoritos pobres no se casan más que con las herederas ricas ó influyentes; y así, batidos todos por la tempestad humana, irán de desgracia en desgracia, de rincón en rincón, como el pingajo humano, como la cosa inservible que la sociedad tira.

Cada vez que el trabajador manual triunfa y consigue una reforma—menos horas de trabajo ó aumento de jornal,—el pobre de levita sufre las consecuencias, porque el capital se resaca encareciendo los productos y subiendo la plaza. Como siempre, la cuerda se rompe por el lado más débil.

Cuando el obrero muere, á su familia le quedan dos brazos menos, pero una boca menos también. Cuando el empleado muere, se lleva para siempre la llave de la despensa. El proletariado se hunde protestando y en lucha abierta contra una sociedad injusta; el pobre de levita cae como esos pajarillos élicos y débiles que ni aun doblan las ramas con que tropieza su cuerpo inerte. Por eso cada vez que veo pasar una de esas familias en las que el padre es un pobre que con cuatro ó seis mil reales de sueldo tiene que atender á ocho ó nueve hijos, instintivamente recuerdo una frase brutalmente impía, pero profundamente humana del jefe del pesimismo, que dice: «Si un Dios ha hecho este mundo, yo no querría ser ese Dios; la miseria del mundo me desgarraría el corazón.»

MARIANO CUBER

La avaricia clerical

En un curiosísimo libro recientemente publicado—Sevilla 1899—por el erudito escritor andaluz don Francisco Rodríguez Marín, con el título *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas*, encuentro muchas interesantes noticias. Vayan, por hoy, las que el señor Rodríguez Marín pone como notas á la comparación de ser «más interesado que la Iglesia».

«Refrán: *La avaricia tomó iglesia*. Este dicho vulgar, que recuerda el antiguo derecho de asilo, tiene su fundamento en el eufemismo siguiente que publicó, va para 17 años, en *El Folk-lore Andaluz*:

«La Verdad y la Justicia, en vista de que por aquí no medraban, concertáronse para emprender un largo viaje, de vuelta del cual distribuirían, como buenas hermanas, lo que hubiesen ganado. La Avaricia se les incorporó en el camino, entró en la sociedad y se hizo depositaria del dinero común. La Justicia y la Verdad ganaban mucho dinero con sólo mostrarse á las gentes; tan hermosas eran. Ya que tenían muy buenos ahorros, determinaron regresar de su expedición y repartirlos; á la Avaricia sabía muy mal no quedarse sino con la tercera parte de ellos, y trató de amorrar el número de partícipes para aumentar la participación; una tarde, pasando por un puente, dió un empujón á la Verdad, y ésta cayó al agua y se ahogó. Desde entonces no hay verdad en el mundo. La Justicia, al presenciar tal infamia, trató de castigar á la Avaricia; pero ésta, llevando sobre sí el producto del trabajo ajeno, echó á correr y tomó asilo en una iglesia cercana. Aun no ha salido de la iglesia y en ella estará de por vida.»

Este cuento, que tiene todas las trazas de antiguo y del cual me parece haber leído alguna versión del siglo xv ó del xvi, recuerda aquellas coplas del ARCIPRESTE DE HITA, acerca de la propiedad que el dinero ha:

«Si tuvieses dinero, habrías consolación, plaser, e alegría, del papa ración, comprarás paraíso, ganarás salvación, do son muchos dineros, es mucha bendición. Yo vi en corte de Roma, do es la santidad, que todos al dinero fassen gran humildad...»

Fasie muchos priores, obispos, é abades, arzobispos, doctores, patriarcas, potestades, á muchos clérigos necios dábales dinidades, fasie de verdad mentira, é de mentira verdades...

En el cuento como en las coplas se ataca muy duramente la simonía; pero cuanto dice el ARCIPRESTE «resulta pálido al lado de la realidad histórica y al lado de lo que consignó el gran poeta toscano en sus églogas latinas, en su correspondencia y hasta en sus sonetos vulgares... Y, en suma, para tizar al ARCIPRESTE habría que tizar también no pocos pasajes de la propia *Comedia* de Dante... (MENÉNDEZ Y PELAYO, *Antología de poetas líricos castellanos*, t. III, página LXV.)

Por la copia,
JACOBO GONZÁLEZ SEVILLANO

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas francas de porte y certificada.

Para los suscriptores á *El Motín* á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

OBRAS NUEVAS

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

¡OJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

EN PRENSA

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores á *El Motín*, 50 céntimos.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á *El Motín*

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo.
LOS REYES CON MORTE, por «El Motín». Con láminas.
LA INFAMIA DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Strommeyer.
JUANA LA PAPIA, por Julio Fernández Mateo.
LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.
MÓNICA SECRETA, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.
LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.

¿CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz», de Lieja.
RECUERDOS DE TAYLORLAND al obispo de Clermont y al abate Maury.
CARTA DE TAYLORLAND al Papa Pio VII.
POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motín».
LA MENDICANCIA Y LA IGLESIA, por Laurent.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DUPLICADO